

DE BUENAS LETRAS

De la torre de Londres al Hospital Real en verso

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ-DUEÑAS
DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Los poetas, como los novelistas, suelen tener la capacidad de trasladarnos en el tiempo y en el espacio de forma sutil y, con frecuencia, sublime, con sencillez y naturalidad pero causando sorpresa. Tal es el caso del libro de Mario Míguez (1962-2017) 'La cabeza de Tomás Moro y otros poemas católicos' (Renacimiento, 2018) que consta de cinco poemas que van de más largo a más breve, llenos de profundidad y delicadeza todos ellos. Los tres primeros, además, son trasuntos históricos importantes y distintos. El primero, que da título al libro, se ocupa de la figura de Tomás Moro, santo de la Iglesia Católica, una de las mayores referencias del Renacimiento inglés como jurista y canciller del reino y como pensador y escritor, autor de 'Utopía', amigo de Erasmo y de Luis Vives. Su oposición al divorcio de Enrique VIII de Catalina de Aragón, su lealtad a lo que el Rey deshacía, le llevó al patíbulo. El poema de Míguez trata de la hija de Moro, Meg, quien recoge la cabeza de su padre tras la ejecución en la Torre: «La cabeza

de un hombre irreprochable,/ la cabeza de Moro,/ la más noble que ha habido en Inglaterra,/ es como la cabeza del Bautista:/ Boleña, la ramera, es Salomé...». El trayecto de la muchacha por el puente es la tragedia de una familia y de una nación representada en el rezo, en la huida, en el miedo, y en el silencio. La niebla sobre el puente envuelve el recuerdo del rey blasfemo, y la tentación del odio y del rencor por tantos otrora amigos cuya actitud fue bien diferente. El poeta nos describe cómo una gota de sangre en el lienzo que envuelve la cabeza de Moro es un punto de esperanza: «[...] de la amorosa sangre de aquel alma perfecta [...]». Un poema que me recuerda el retrato que de Moro hiciera Holbein, ahora en la colección Frick de Nueva York, que reflexiona sobre ese postrer momento: la cabeza del retrato de Holbein es la que Meg llevó por el puente...

El segundo poema es 'San Juan de Dios' y trata del incendio del Hospital Real y lo que hace, en mi opinión, es ponerle verso al cuadro de Gómez Moreno, que por cierto volví

a contemplar hace un par de semanas en el Museo de Bellas Artes, lo que me proporcionó una memoria pictórica que pronto revivió con la lectura por causalidad que no casualidad, como escribió Borges. San Juan de Dios baja la escalinata con un anciano entre sus brazos y un niño se agarra a su hábito entre llamas y vigas derrumbadas: «Se acordó del anciano,/ un anciano al que nadie conocía,/ junto al que siempre estaba aquel chiquillo/ temeroso y callado,/ también desconocido para todos: / quizá fuese su nieto, quizá su zarillo». El poema es sobrecogedor por su reflexión sobre un episodio en la vida de un hombre que salva otras vidas.

Edith Stein, mártir en Birkenau, ocupa el tercer poema, como ejemplo también de entrega y víctima de la extrema crueldad, en soledad: «¿Quién te aprieta la mano/ en el terror de Birkenau?...». El fuego y el ácido de las cámaras de gas forman parte de la sustancia retórica que conforma los versos ensalzando la memoria de una judía: Santa Teresa Benedicta de la Cruz, y toma cuerpo poético en las palabras de Mario Míguez de forma estelar.

'Una plegaria por mis sueños' es una oración generosa y humilde, un deseo de entregar hasta los sueños, que suele ser de nuestra realidad la parte más descontrolada: «Rige tú esas imágenes soñadas/ que el despertar no siempre desvanecen,/ que me prolongan como en otra vida [...]». Y el último poema, 'Al alba junto al mar' es un canto a un paraje donde hay una iglesia abandonada, y una imagen de la Virgen: «Y brillan cruces de oro, y brillan gemas en las cruces, igual que las estrellas/ que quedan en el alba, santa virgen».

Un libro inesperado, ciertamente, y una lectura abierta a todos.